

A Alfred Marshall se atribuye la sentencia de que «un gran economista no puede ser patriota; mas, al economista que no sea patriota, difícilmente se le tendrá por gran economista».

No dudo de la verdad de ninguna de las dos partes de la sentencia; confío, y es natural que así sea, en que continúe tan verdadera al menos si en vez de economista sustituimos *filósofo*, y decimos: «un gran filósofo no puede ser patriota; pero al filósofo que no sea patriota, difícilmente se le tendrá por gran filósofo».

¡Juntos de lado, por unos momentos, eso de *patriota*, y de aquí me voy a modular la sentencia, tomándola como término para variaciones.

Nunca ha sido la tierra gran cosa de grande; pero, al menos, no se ha hallado siempre, como ahora, dividida en haciendas y hacienditas de cuatro palmos cuadrados de terreno, y un palmo de techo aéreo. Algo más grande —en altura, latitud y profundidad, en *universalidad*— ha sido siempre, desde su nacimiento o invento, la filosofía; mas por peculiar y desgraciada condición de nuestro tiempo, se encuentra parcelada en confesiones filosóficas: existencialismo, racionalismo, idealismo, subjetivismo, materialismo dialéctico, positivismo...; tomismo, marxismo, kantismo, y dentro de esos pañuelitos mentales, hay *neos* y *arcaicos* aparceros.

Un filósofo actual no pasa por grande, si no es nativo de, injertado en, o transterrado a uno de esos pañuelitos mentales que, con una deliciosa metáfora de Whitman, a otro propósito, llevan cuando más bordado en su orillo el nombre de un autor, de un filósofo —por definición, decreto, úkase, en cíclica..., grande y *El Grande*.

Un gran filósofo no puede ser tomista, marxista, ni positivista, ni realista... —como Dios no puede ser católico, apostólico y romano. Todos —Dios y filósofo— han de ser —para o por ser grandes o *El Grande*— mucho más, infinitamente más, transfinitamente más y mejor que todo eso, por bueno y grande que sea.

Lo demás es política agraria en pequeño —aparcerismo filosófico, político...

Y por ahí andan, a la zaga de los reformadores agrarios, repartidores filosóficos que, ante cualquier aporte o filósofo —o que por tal se tenga y para que lo tengan por tal da a luz una obra—, lo primero, por más urgente, que se les ocurre hacer es señalarle su parcela —aconucarlo de tomista, idealista, capitalista, marxista, positivista, existencialista...

Si a Dios me lo han encasillado y acorralado en eso de católico, apostólico y romano, no esperemos los filósofos mejor trato a manos de ciertos tratantes. Y no nos sorprendamos de que, por alguna frase, artículo, capítulo, leve aroma, eco de campanas nos descompongan una obra nuestra en sus parcelas: tanto de tomismo, tanto de kantismo, tanto de marxismo... y en el orillo del pañuelito a cuadros nos toleren dejar bordado nuestro nombre.

Tal vez llegue un día en que nuestra Tierra, ahora aparcelada en conucos y huasipungos de naciones, no sirva sino de aeropuerto o plataforma natural para vehículos cósmicos, y los hombres se hayan ido a vivir, o a no dejar vivir en paz, a seres de otros planetas o soles; y al volver de visita a la Tierra, oigamos que el altavoz del navío cósmico advierte: *La Tierra, veinte minutos de parada*.

Mientras esto no llega —y me temo que no lo vere yo—, ¡qué honda y sutilmente penetrante dicha invadiría al filósofo que oyera decir por los altavoces de cátedra o libro: *Positivismo, veinte minutos de parada; Tomismo, media hora de p*

rada; ... y con la música a otra parte, a otra cosa *cósmica*. *Cristianismo* una hora de parada; *Budismo*, una hora de parada; ... ¡y con la música a otra parte, a otra cosa *humana*!

Pero, ¡ay de mí!, que la sabiduría inglesa de Marshall me recuerda lo de: «un gran filósofo no puede ser patriota; pero, si no es patriota, qué difícil será que se lo tenga por gran filósofo».

¿Se lo tenga por...? ¿Sea gran filósofo?...

Y en este punto la sentencia de Marshall, gran economista, me trae a la memoria otra de Marx —gran economista también, y grande en otras cosas, además de la economía—: «La filosofía viene al mundo, necesariamente, a través de los filósofos singulares, mas no llega a ser filosofía en grande si no toma forma social, y, por tomarla, cambia de forma y de contenido».

La eligión, la filosofía, el arte, la ciencia —y pocas cosas más y aun de las dichas tal vez sobre alguna—, vienen siempre al mundo —y perdone Marx el estirón que doy a sus palbras— a través de un hombre singular; mas no llegan a grandes, si no se transmutan en propiedades sociales y en estado colectivo; tal transmutación no se consigue por pura difusión espacial y temporal, por crecimiento genético, por repetición catecismera, y mediante ritos de tatuaje espiritual en nuestra fase de corderuellos; la auténtica transmutación social de un producto individual incluye transformación de la *forma* y del *contenido*.

Y ahora sí que me compliqué la vida —el articulillo. ¿Qué filosofía de las llamadas y tenidas por grandes —y nos tienta el del onio interior a dar el nombre de grande a la mía, y sólo a ella— ha adoptado real y verdaderamente estado *social, estado humano*, y, al tomarlo, ha cambiado de forma y de contenido de *Humanidad*? ¿y no del conuquillo germánico, o del huasipungo latino o de la hacienda inglesa?

Jntemos las dos sentencias: la de Marx y la de Marshall, en na que será la final de este artículo:

Un gran filósofo no puede ser individuo;

na gran filosofía no puede ser individualista;

un filósofo y una filosofía son *grandes* y lo son *en grande* si ll gan a tomar estado social, y tal estado transmuta su

forma individual en *forma social*, y su contenido individual en *contenido social*. El gran filósofo es filósofo social; y si es social será, y será reconocido, por gran filósofo. Mientras se quede en su patria --individual, nacional, confesión religiosa, casilla ideológica...— no será gran filósofo; y, en tal caso, y con justo motivo, se le aplicará lo de Marshall: «por ser patriota, no será ni gran economista» ni gran filósofo —ni nada grande humano.

Creemos a veces, los filósofos, que un sistema filosófico refuta a otro, y que realismo, pongo por caso, es apropiada refutación de subjetivismo —o al revés—; o que espiritualismo es, pongo otro caso, propia refutación de materialismo...

Una filosofía queda refutada por y al no poder tomar estado social, humano; o por no tomarlo de tan real manera que cambie de forma y contenido —cual la rama se transforma al dar a luz flores, y las flores frutos; la flor es la refutación de la rama, y el fruto es la refutación de la flor, decía ya Hegel.

Una filosofía queda demostrada grande al tomar y por tomar estado social; y el auténtico filósofo piensa y escribe de manera que *se exponga*, de intento y por plan, a semejante tipo de refutación o de demostración; las demás refutaciones son «buscarle tres pies al gato»: contradicción más o contradicción menos, incoherencia saliente o larvada, fallas en deducción formal... Todo ello no pasa de líos y pleitos entre aparceros. Y entre líos y pleitos de tal jaez solemos vivir, movernos y ser los filósofos actuales —y no pocos de los pasados.

Quieran y empenñense a la una todos los dioses —griegos, romanos, germanos, cristianos, budistas, aztecas, incas y caribes...—, en que los filósofos, sucesores nuestros, no sean en esto nuestros herederos. Mientras tanto nosotros, «A Dios rogando, y con el mazo dando».